

SISTEMA 7

GABRIEL ALBIAC, GUSTAVO BUENO
y JULIO RODRIGUEZ ARAMBERRI

Sobre Althusser: el «corte epistemológico»

ITS OCTUBRE DE 1974
REVISTA DE CIENCIAS SOCIALES

POLEMICA

Sobre Althusser: el «corte epistemológico»

Gabriel Albiac, Gustavo Bueno y Julio Rodríguez Aramberri

PUNTUALIZACIONES DE GABRIEL ALBIAC

En su trabajo sobre *Las limitaciones del materialismo dialéctico* («Sistema», n.º 5, p. 42, nota 5) cita Julio Rodríguez Aramberri, con una credulidad acrítica digna de mejores empresas, los siguientes párrafos de G. Bueno, referentes a Louis Althusser:

«En la traducción francesa de *El capital*, antes citada (Garnier-Flammarion, París, 1969), presentada por Althusser, se nos ofrece un ejemplo de la 'práctica-teórica-práctica' del 'corte epistemológico': la supresión de este párrafo (el del 'coqueteo', en el postfacio citado, J. R. A.), verdadero nudo gordiano para el althusserismo, *cortando* el texto de Marx mediante tres puntitos suspensivos (p. 583).»

Mientras esta afirmación ha sido sólo un truco de conferenciante ingenioso para mantener con la boca abierta a un público intelectualmente provinciano, la cosa no pasaba de una de tantas mistificaciones al calor de una polémica mal llevada. Convertida en un lugar común de ciertos de nuestros intelectuales «de izquierda» y publicada en una revista del prestigio y la tirada de SISTEMA, la cosa es más grave y requiere las siguientes puntualizaciones sobre simples cuestiones *de hecho*; no entraré, en consecuencia, en cuestiones teóricas de fondo, que requerirían un espacio del que aquí no dispongo. Mi interés es tan sólo el de dejar bien clara la falsedad de algo que no es un argumento teórico, sino una simple acusación personal.

1. Ni Althusser ni el «althusserismo» son en modo alguno responsables de la edición de Garnier-Flammarion, habiéndose limitado la labor de Althusser en este caso a la realización para dicha edición de la introducción y las notas cronológicas que figuran al inicio de ella (lo cual queda, por lo demás, bien claro en la propia edición, en la que el nombre de Althusser figura como autor de las *Chronologie et avertissement* y, en modo alguno, como el encargado de preparar la edición misma). Y ello por una razón simple: Garnier-Flammarion siguió el camino editorial más sencillo, consistente en reproducir, pura y simplemente, la traducción de Roy en la edición de Lachâtre. Así, pues, resultaría —*en un primer momento*— que no sería Althusser, sino Garnier-Flammarion, el responsable de los «cortes» que señala Bueno y recoge Rodríguez Aramberri.

2. Pero resulta que Garnier-Flammarion no hizo otra cosa que *reproducir literalmente* la traducción de Roy citada. Así, pues, —*en un segundo momento*— no sería

tampoco Garnier-Flammarion, sino Roy (y el editor Lachâtre) los responsables de dichos «cortes».

3. Pero las cosas no acaban ahí, porque resulta que tampoco Roy ha hecho otra cosa que reproducir el texto «extractado» por... el propio Marx; como es fácil comprobar, remitiéndose al *avis au lecteur*, que, fechado en Londres el 28 de abril de 1875 por Marx —y reproducido en la página 576 de la citada edición de Garnier-Flammarion—, dice así:

«... Je donne ici *les parties de la postface* de la deuxième édition allemande, qui ont trait au développement de l'économie politique en Allemagne et à la méthode employée dans cet ouvrage.» (El subrayado es mío.)

Así, pues —y definitivamente—, el autor de los dichosos cortes no es tampoco Roy, sino Marx.

4. Ignorar todo ese proceso para acusar a Althusser de manipulación y falseamiento de textos de Marx, y poder ejercer así una ironía, tan fácil como pobre, sobre el «corte epistemológico», no sé si es atribuible a frivolidad intelectual o a simple mala fe.

5. En cualquier caso, se nos permitirá seguir opinando, con Spinoza, que «ignorantia non est argumentum».

Gabriel Albiac



RESPUESTA DE GUSTAVO BUENO

Desde luego que el corte lo hizo Marx: esto se daba por supuesto aun antes de la lección filológica del señor Albiac. En mi artículo sobre los *Grundrisse*, decía «cortando el texto de Marx», sin ignorar que Marx lo hubiese cortado, pero en circunstancias tales, como veremos, que, una vez cambiadas, no sólo se está autorizado a decir que se está «cortando», sino que se está «recortando» —es decir, volviendo a cortar—, con respecto al texto original extractado.

El texto de *El capital*, presentado por Althusser en la edición de Garnier-Flammarion, en efecto, sólo quita un punto a los cuatro puntos suspensivos de la traducción francesa de 1872-75 (que tenemos a la vista). El *corte* que atribuimos a la edición de Garnier-Flammarion (no a Althusser directamente: el uso del impersonal «se nos ofrece» tiene incorporada esta cautela, aunque, eso sí, implica de algún modo a Althusser en el asunto, y con *obvia* mala intención) se refiere, irónica y esencialmente, al corte dado por la editorial francesa al posfacio de la segunda edición alemana, posfacio reproducido íntegramente en sucesivas ediciones, incluyendo la más solvente traducción española. Ciertamente que la editorial Garnier-Flammarion (y Althusser) pueden decir, efectivamente (como ahora dice el señor Albiac, sin querer aceptar nuestra ironía, de lo que es muy dueño), que con ello no hacen sino seguir el mismo camino que Marx siguió para la edición francesa de 1872-75. Pero es aquí donde está el nudo de la cuestión. Seguir el *mismo* camino, hoy, es ya seguir *otro* camino. Marx se dirige a un público francés sobresaturado de positivismo, «impaciente siempre por llegar a los resultados»: teme que «tome miedo a la obra y la deje a un lado». ¿Y por qué teme eso? Por haber utilizado Marx un «método de análisis que nadie hasta ahora había aplicado a los problemas económicos, y que hace que la lectura de los primeros (el subrayado es mío) capítulos resulte bastante penosa». A ese público, las cuestiones sobre Hegel podrían resultarle no pertinentes. Ahora bien: mantener hoy el mismo camino es suponer que el público francés *no* ha cambiado; es suponer que las discusiones ulteriores sobre el hegelianismo de Marx *no* se han producido. Y, al parecer, hay por lo menos un francés que no ha

cambiado, o que desea que el público francés no cambie: Althusser mismo, a quien esos primeros capítulos siguen pareciéndole censurables. Althusser se atreve a calificar a Marx de «imprudente», de aceptar de un modo «flagrante» y «lamentable» la «influencia hegeliana», en ese libro I que él desea que se reescriba para que sea menos *penoso* (véase la página 22 de su *Avertissement* a la edición de referencia). Pero Marx *no* lo reescribió, y ni siquiera en honor del público francés. Y mal podía reescribirlo: «penoso» no significaba para él «impertinente»; Marx no saca de la expresión «coqueteo» las consecuencias que Althusser quisiera que hubiese sacado, pues ese «coqueteo», referido al «método de exposición» —como en el propio posfacio dice, y en una parte *no cortada*—, tiene que ver con «la vida misma de la materia», y no es meramente un «método de exposición, por desgracia, dialéctico alemán», como creía el articulista del «Mensajero Europeo» y como parece creer también Althusser.

Ser, pues, «fiel» a la primera edición francesa es, aquí, un modo de confundir, de ser *infiel* al estado presente de la cuestión. Es evidente que hace cien años no eran necesarias ni posibles las notas aclaratorias que hoy deberían ponerse, y precisamente, sobre todo, *después* de la puesta en cuestión althusseriana de la relación Hegel-Marx.

Cotejemos la edición de Garnier-Flammarion con la de la editorial Gallimard, al cuidado de Maximilien Rubel (y que data de cuatro años antes: 1965). Esta edición no es menos reproducción de la traducción de Roy que aquella. Pero la edición de Gallimard señala escrupulosamente, de manera inequívoca, el lugar de los tres cortes que Marx puso al posfacio: pone notas al respecto y, tras dar en una de ellas el texto cortado por Marx que aquí nos ocupa, incluso arriesga una explicación de por qué Marx procedió como lo hizo. De esta manera, la edición de Gallimard es mucho más útil, y precisamente al lector no especialista, que la de Garnier-Flammarion. Esta última, que parece tener las pretensiones de una *Vulgata* de *El capital* para franceses (Althusser dice en su *Avertissement* que es la primera edición francesa accesible a «un très large public»), oculta precisamente al lector *vulgar* (el lector de la *Vulgata*) textos que, cuando menos, podrían hacer que se pusiera en tela de juicio la limpieza del *corte epistemológico* entre Hegel y Marx. De hecho, al mantener la fidelidad cuasi tipográfica (tres puntitos en vez de cuatro) a la primera edición francesa y al prescindir de todo aparato crítico al respecto —aparato indispensable, precisamente, para un lector actual, aunque sea «vulgar», y acaso por serlo— lo que se hace es sustraer material con el que ese lector podría formar su juicio: se le *orienta* en el sentido del pretendido corte epistemológico.

Todo esto y más había querido sugerirse irónicamente en el párrafo de mi artículo sobre los *Grundrisse*. Como el señor Albiac parece querer tomar la frase al pie de la letra, y no está dispuesto a aceptar ironías, ha sido preciso «explicar el chiste».

El carácter severo y sobrio de la aguda nota filológica (o «ético-filológica») del señor Albiac ayuda, naturalmente, a su pretensión de vencer en un terreno distinto a aquel en que se presenta, «inocentemente». Sería interesante que el señor Albiac dijera en qué ha sido «mal llevada» la polémica, habida cuenta de que mi impugnación de las tesis de Althusser no se ha basado en absoluto sobre la ironía, más o menos marginal, que ha dado pie a esa nota filológica. El señor Albiac se reserva las «cuestiones teóricas de fondo» y, por tanto, debería reservar también su juicio sobre lo «mal llevado» de la polémica, limitándose al terreno ético-filológico en que se coloca. Y la calidad de unas argumentaciones de fondo —aunque sea tan baja como para haber embobado a un público «intelectualmente provinciano»: el señor Albiac dice «intelectualmente» porque se trataba de un público de Madrid— no puede discutirse con la mera mención del provincianismo, sino argumentando, a su vez, acerca del fondo. La ironía sobre los «puntitos» (ironía no desprovista de base, como hemos intentado aclarar) no era, en todo caso, la base de mi crítica a

Althusser. Ignorar el fondo no es aquí tampoco un argumento. Pero el señor Albiac pretende implícitamente que sí lo sea: la eficacia retórica de su nota radica en que, mediante la pretensión de desvelamiento de un error filológico, ese error proyectaría su sombra sobre la totalidad de la argumentación; como consecuencia, se renunciaría —con un gesto de dignidad— a entrar en ella («¿cómo argumentar contra quien incurre en tamañas deshonestidades o ligerezas?»). El procedimiento es viejo como la retórica, pero él mismo tampoco es argumentativo, en el fondo.

Gustavo Bueno



RESPUESTA DE JULIO RODRÍGUEZ ARAMBERRI

La sabia y amable puntualización de don Gabriel Albiac a una nota marginal en mi trabajo *Las limitaciones del materialismo dialéctico* («Sistema», n.º 5) me sugiere las siguientes reflexiones:

1. El señor Albiac me fuerza a tomar parte en una partida de dobles del tenis intelectual. Como, en este caso, me ha tocado jugar junto a la red, dejo pasar su *loft* para que lo recoja mi involuntario, desconocido pero admirado, compañero el profesor Bueno, en cuyo trabajo *Significado de los «Grundrisse» en la interpretación del marxismo* («Sistema», n.º 2), parece haberse originado este divertido embrollo. Por lo que se refiere a mi «credulidad acrítica», aclararé que no me siento avergonzado de ella. No sólo me ha dado bastante buenos resultados hasta el presente, sino que, concretamente en el caso de Gustavo Bueno, me hace sentirme especialmente satisfecho en general. La larga, seria y original actividad teórica de Bueno le hace digno de un crédito extendible a muy pocos.

2. La aventura erudita del señor Albiac —sea dicho con todos los respetos para el trabajo científico serio— me parece por lo general irrelevante. Si con su actitud el señor Albiac pretende trivializar con acusaciones de «fritivolidad intelectual o simple mala fe» los modestos resultados de mi artículo, no voy a ser yo quien le siga a ese campo. Cada cual se satisface con las victorias dialécticas que quiere o puede. Lo que me extraña es que su detallismo cientifista le haya hecho omitir que yo mismo decía que las referencias a Althusser en el comienzo de mi trabajo no eran sino un simple esbozo, indigno, a todas luces, de ser tenido por una crítica seria, y que, al tiempo, en otras notas marginales, me esforzaba por aportar opiniones ajenas que pueden ser cualquier cosa excepto una simple «acusación personal». En cualquier caso, como para el señor Albiac parece de buen tono citar frases genéricas de alguna autoridad, déjeme atraer su atención hacia el siguiente texto de la *Fenomenología* hegeliana, recordado sin ningún afán de convicción y que en su generalidad prueba tanto (es decir, nada) como su conmovedora referencia a Spinoza: «El *dogmatismo*, como modo de pensar en el saber y en el estudio de la filosofía, no es otra cosa que el creer que lo verdadero consiste en una proposición que es un resultado fijo o que es sabida de un modo inmediato. A preguntas tales como cuándo nació Julio César, cuántas toesas tiene un estadio, etc., hay que dar una respuesta *neta*, del mismo modo que es una verdad determinada el que el cuadrado de la hipotenusa es igual a la suma de los cuadrados de los otros dos lados del triángulo rectángulo. Pero la naturaleza de esta llamada verdad difiere de la naturaleza de las verdades filosóficas.»

3. Menguada es, en efecto, la consideración que me merece el socialismo científico al cuadrado de L. Althusser. Digo lo de al cuadrado porque, en mi parecer,

lo que Althusser persigue es una codificación rigurosa (científica) del llamado materialismo dialéctico, cuya «cientificidad» es obvia para todos. Ahora bien: mis lecturas de Althusser me hacen pensar que podría ser mejor defendido desde una perspectiva más rigurosa que la del academicismo burocrático en la que se refugia el señor Albiac para criticar a quienes él llama intelectuales «de izquierdas». Adóptela en buena hora el señor Albiac, entre en «cuestiones teóricas de fondo» sin miedo a limitaciones de espacio, defienda a L. Althusser con la seriedad que merece y tal vez pueda así iniciar una fructuosa discusión de la que, sin duda, todos, incluidos los ignorantes inexcusables, saldremos beneficiados.

Julio Rodríguez Aramberri

Separata de la revista SISTEMA - Número 7 - Octubre 1974

(Páginas 131 a 136)

Depósito legal: M. 37.032.—1972 (Sep.)

Joaquín Costa, 61, 5.º - Madrid-6 - Teléfono 262 01 29

Gabriel Albiac, Gustavo Bueno & Julio R. Aramberri, Sobre Althusser, Sistema, octubre